Yalal ud-Din Rumi

Rubayat

Prólogo de Clara Janés
Traducción de Clara Janés y Ahmad Taherí
Caligrafía de Mehdi Garmrudi

Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Rabaiat*

Primera edición: 2015
Cuarta reimpresión: 2024

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: *El poeta sufí Rumi* (Afganistán-Irán)
© Bridgeman / ACI
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© del prólogo: Clara Janés Nadal, 2015
© de la traducción: Clara Janés Nadal y Ahmad Mohammad Taherí, 2015
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2015, 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

PAPEL DE FIBRA CERTIFICADA

ISBN: 978-84-206-8809-1
Depósito legal: M. 4.849-2015
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9 Prólogo, de Clara Janés

43 Rubayat
43 1. La enseñanza
93 2. El amor
155 3. La ebriedad
205 Glosario

Prólogo

¡Eh, agua de vida, gota de agua de tu cara!
¡Eh, luna del cielo, reflejo del destello de tu cara!
Dije que quería luna para la noche larga,
¡noche de la noche de tu bucle y luna de tu cara!

¿Quién, al leer un poema como éste, que ofrece la frescura de una flor antes de que los rayos del sol empiecen levemente a iniciar en sus pétalos el proceso que culminará al marchitarse, y se abre paso en la mente con la nitidez de la *cognitio matutina,* puede imaginar que se debe a la pluma de un erudito? Y, con todo, así es, pues Yalal ud-Din Rumi, en su obra, expone el saber místico con todos los conocimientos abarcables en su momento, un saber tan abierto y de tal alcance que por sí solo explica la magnitud de sus escritos. Sus libros fundamentales, *Divan de Shams Tabrizí,* el tratado *Libro del Interior (Fihi-ma-fihi)* y *Masnaví,* donde acomete las cuestiones

religiosas y morales más importantes ilustrándolas con tradiciones y proverbios, son –por usar una imagen recurrente en ellos– como un océano de olas innumerables que, sin embargo, hallan su explicación o su verdad en una simple gota de agua, del mismo modo que el hombre es gota en el océano del universo y a la vez resumen del universo.

Yalal ud-Din Rumi, creador de la *samá* o danza de los derviches giróvagos, fue ante todo un enamorado que irradió y enseñó el amor, por ello su enseñanza es universal e inagotable y ejerce aún hoy la misma fascinación que en sus días reunió a miles de discípulos en torno a su persona, esa persona cuya realidad apenas podemos imaginar.

> Pálido, sus ojos hundidos me dan la impresión de que está profundamente absorto. Aunque se halla en cuclillas, es fácil apreciar su estatura. No parece un hombre alto. Probablemente, viste una toga profesoral. Su tocado sugiere la dignidad de un erudito. Lo único que me llama la atención, por encima de lo demás, es la agudeza de sus ojos: muy cortantes, profundamente absorbentes, pequeños pero severamente críticos, pálidos pero penetrantes. Hay un brillo inconfundible en ellos.

Así describe Iqbal[1] un retrato de Rumi que data del siglo XVI y se conserva en el museo Topkapi de Estambul, y añade: «Simple, sincero y generoso, era respetado por-

1. *Life and Work of Rumi,* Institute of islamic culture, Lahore, 1974, pág. l.

que respetaba a los demás. […] Las diferencias de credo no lo molestaban. […] Nada podía irritarlo ni enfadarlo». Este rasgo de su carácter explica la enorme fama de Yalal ud-Din Rumi entre sus contemporáneos, el número de sus discípulos y el hecho de que pertenecieran a distintas religiones, e indica una sabiduría natural que, sin duda, lo caracterizó desde la infancia, pues muy pronto su padre –como luego él, maestro sufí, teólogo y predicador eminente– lo llamó Maulana Jodavanegar, que quiere decir «nuestro maestro».

La época

La vida de Rumi abarca sesenta y cuatro años del siglo XIII, un período que si en política se caracterizó por las luchas entre Oriente y Occidente, en el terreno religioso fue favorable al desarrollo del misticismo. En 1215, es decir, siendo Rumi todavía niño, Santo Domingo había creado ya la Orden de predicadores, y en 1226 moría San Francisco de Asís, ambos exponentes de la reacción contra el formalismo de la Iglesia. Muchos conventos se fundaron, renovando la savia de la fe. Entre los grandes místicos del momento bastaría mencionar la personalidad de Eckhart (1260-1327) o la de Metchild de Magdeburg, quien afirmaba que el reino del espíritu empezaría en 1260. En España destaca la figura de Ramón Llull (nacido en Palma en 1232), que predicó una cruzada contra el Islam, estudió el árabe para exponer los errores de su doctrina y ejerció diez años como profesor de filosofía árabe en el convento franciscano de Miramar, sien-

do autor de controvertidos tratados. El misticismo florecía por entonces también en la India, donde Ramajuna (s. XII) había ya reconocido a Visnú como idéntico a Brahma, el espíritu supremo, el que da vida al mundo y al alma del individuo, y afirmado que a través del amor y la devoción el hombre podía alcanzar la unión con él.

En el siglo XIII de la era cristiana (séptimo del Islam), la comunidad islámica, tras haber alcanzado su madurez política y su entera extensión geográfica, empezaba a presentar síntomas de decadencia. La sociedad musulmana, además, carecía de capacidad de resistencia efectiva, y, precisamente en estos años, tuvo que enfrentarse con dos de sus más peligrosos enemigos, y por sus dos flancos, por el Oeste con los cristianos, que emprendían las Cruzadas, y por el Este con los mongoles.

Ala ud-Din Muhammad Jarazmi, rey de Persia, fundador de una dinastía que desempeñaría un papel importante en la historia de Oriente Medio, reinaba sobre un imperio que se extendía desde los Urales al Golfo Pérsico, y desde el Indo al Éufrates. En 1210 se apoderó de Bujara y Samarkanda, entró luego en Afganistán y tomó Gazná. Esta carrera de conquistador se vio truncada por la invasión de las hordas de Gengis Jan, que se apoderaron primero de Bujara y siguieron por el fértil valle de Zarafshan hasta la mítica Samarkanda, ciudad bien fortificada, centro de comercio con la Gran Tartaria, India y Persia, que Abul-Fida (muerto en 1331) describió como rica en «frutos verdes y secos» y ciudad «donde se hace el papel de seda más fino del mundo», famosa también por su Academia de ciencias. Con la invasión mongola, esta prosperidad se desvaneció, así como el Imperio de Ala

ud-Din, aunque a su muerte (a la que siguió la de Gengis Jan en 1227), su hijo Jalal ud-Din prosiguió la contienda. Asesinado éste a traición, los mongoles triunfaron e impusieron el terror desde el mar de Aral al desierto pérsico, dominando Mesopotamia, Kurdistán, Azerbayán, Armenia y Georgia. En 1251, se nombró gobernador de Persia a Hulagu Jan, nieto de Gengis Jan, que fundó la II dinastía Jan en Persia, y, a pesar de ser un hombre débil, en una semana se apoderó de Bagdad. La caída de dicha ciudad supuso el traslado del trono del saber islámico a Egipto, cuyos príncipes mamelucos detuvieron la victoriosa carrera de los mongoles.

La vida de Rumi, pues, transcurrió en unos años de extraordinaria agitación. Paradójicamente, mientras las condiciones económicas de Persia eran trágicas, su literatura florecía. Tres de sus mayores poetas, Saadi, Attar y Rumi, vivieron durante la invasión mongola, si bien en distintos escenarios.

Este período negro para Persia coincide, sin embargo, con el esplendor de Konya, llamada Iconium durante los días del Imperio bizantino. Diez años después de la batalla de Manzicerta, que consolidó en Anatolia el poder de los Selyúcidas, el emperador Alejo Comneno, unido a los cristianos de Europa, emprendía una Cruzada contra el infiel. Tras reunirse todas las fuerzas en Constantinopla, capturaron la capital de Nicea, después Iconium y, finalmente, la misma Jerusalén. Pero el espectacular éxito de la Primera Cruzada no fue duradero. Tres jefes musulmanes, sucesivamente, conquistaron Alepo y Edessa (Mosul), Damasco y Egipto (Nuredin) y todo el Este entre el Tigris y el Nilo (Saladin el Kurdo). Iconium se con-

virtió de nuevo en floreciente capital del rey selyúcida, que, a pesar de la Tercera Cruzada, se ocupó de embellecerla y atraer a ella hombres de letras. Durante la época de Rumi, era no sólo la capital del imperio sino un importante centro de comercio y de patronazgo cultural. Iconium, pues, era una isla de paz frente a la turbulencia. Y esa isla era terreno fértil para que hombres como Rumi desarrollaran sus talentos.

Los primeros años

Yalal ud-Din Rumi –nombre, este último, que quiere decir procedente de Rum (Anatolia), por otra parte nunca utilizado en la obra que más datos fidedignos nos da sobre su persona, la biografía que escribió su hijo Sultán Walad, donde invariablemente le da el de Mevlana– nació el 30 de septiembre de 1207 en Balij. Esta ciudad, célebre por su belleza, está situada en el Jorasán (la antigua Bactriana, hoy Afganistán), provincia que fuera cuna de la civilización persa y de la que procedían hombres de gran prestigio, como Ferdusi, Avicena, Algacel. En ella, pues, nació Mevlana, en el seno de una familia entregada al saber. El abuelo de Rumi, Ahmad Jatibi, y su padre, Baha ud-Din Muhammad ibn al Husain al-Jatibi al-Baqri fueron estudiosos y eminencias espirituales. Este último sufrió la influencia de Algacel y predicó contra los filósofos racionalistas y en favor de los preceptos del Islam. Debido a la invasión mongola de Balij, abandonó la ciudad con su familia, al parecer hacia 1220.

Su primera escala, Nishapur –patria de Omar Jayyam– tuvo gran importancia en la vida de Rumi, pues en dicha ciudad conoció al famoso poeta sufí Farid ud-Din Attar, autor de *El lenguaje de los pájaros* –del que años después diría: «Él recorrió los siete cielos del Amor, mientras yo sigo dando vueltas en un callejón sin salida»–, quien le regaló su *Libro de los secretos**. De Nishapur, Baha pasó con su familia a Bagdad, donde fue recibido por el Shaij Shahab-ud-Din Sohravardi, conocido dignatario sufí, permaneciendo dos días en la Madraza Mustansaria. De allí partió rumbo a la Meca y, posteriormente, hacia Azranyán, y después a Larenda, la actual Kerman, cuyo gobernador, Amir Musa, mandó construir para él un colegio. Baha y los suyos residieron en Larenda siete años y allí Rumi se casó con Gowhar Jatun de la que tuvo dos hijos Sultán Walad y Ala ud-Din Chelebi.

Tras recibir una invitación del sultán, Baha ud-Din Walad, se trasladó a Konya, donde, al parecer, llegó alrededor de 1229. Rumi contaba entonces 22 años. Dos años después moría su padre y, por deseo del sultán, lo sucedía en la enseñanza. Rápido, inteligente y lleno de curiosidad ya en su tierna infancia, los cronistas persas atribuyen a Rumi poderes espirituales desde niño. Así relatan que a los seis años, ante la propuesta de sus compañeros de saltar de una azotea a otra, repuso: «Hermanos, saltar de azotea a azotea es un acto propio

* Disponibles ambos –*El lenguaje de los pájaros* y *El libro de los secretos*– en El libro de bolsillo de Alianza Editorial, en versión de Clara Janés y Said Garby.

de gatos, perros y otros animales parecidos. Saltemos, si estáis dispuestos, hacia el firmamento y visitemos las regiones del reino de Dios»[2].

Las primeras lecciones recibidas por el niño Mevlana fueron el estudio del *Fiqh,* o ceremonial de pureza mediante abluciones, y las segundas, el *Zakat,* sobre el ayuno y el peregrinaje, la ley de cambio y venta, deudas, herencias y testamentos, algo verdaderamente difícil y complejo. Durante nueve años, Baha ud-Din completó el proceso educativo de su hijo, orientándolo hacia una búsqueda incesante, y a veces dolorosa, del conocimiento; un proceso, dice Iqbal[3], «que infligía muerte y revivificaba vida».

Un año después de la muerte de Baha, Burhan ud-Din Muhaqiq Tirmidhi llegó a Konya en busca de su maestro de antaño y al no hallarlo con vida se quedó allí como maestro de Rumi. Lo mandó a estudiar a Alepo y después a Damasco, donde vivía sus últimos años Ibn Arabi. Rumi volvió a Konya siete años después, y, desde 1240 a 1244, enseñó jurisprudencia y ley coránica y se ocupó de dirección espiritual. A los 32 años era ya reconocido como director de hombres y llevaba la vida de un sabio profesor ortodoxo, dirigiéndose a amplias audiencias. Su círculo de discípulos era enorme, según su hijo Sultán Walad rebasaba en número los diez mil. Había alcanzado, pues, una gran reputación por su saber y su elocuencia, pero aún no era el poeta que escribiría el *Masnaví,* obra que se llegó a conocer como el «Corán pahlevi».

2. *Ibíd.,* pág. 66.
3. *Ibíd.,* pág. 69.

Shams

A los 37 años, cuando Rumi parecía en todos los aspectos concorde con su vida de maestro del Islam, apareció en el horizonte la figura de Shams, Shams de Tabriz, un derviche errante que contaba ya sesenta años y que había ofrecido la vida a Dios por conocer uno de sus santos. Guiado por una revelación llegó a Konya, el 29 de noviembre de 1244. Se alojó en un caravasar de mercaderes de azúcar y allí enfermó. Son numerosas las versiones que relatan el encuentro de estos dos hombres. Aflaquí escribe en su *Manaqib-ul- 'Ariquin*[4] que, aunque se hacía pasar por mercader, en la habitación de Shams «no había nada más que un cántaro de agua roto, una vieja estera y un cabezal de arcilla. Y él se hallaba entregado al ayuno, que rompía una vez cada diez o doce días. Un día, hallándose sentado a la puerta de la fonda, vio pasar a Rumi montado en una mula, en medio de una multitud de estudiantes y discípulos que lo seguían a pie. Shams se levantó, avanzó, tomó la mula por la brida y se dirigió a Rumi con estas palabras: "Tú que cambias monedas corrientes de significados recónditos y conoces los nombres del Señor, dime, ¿fue Mahoma el mayor sirviente de Dios, o lo fue Bayazid de Bistami?" Rumi contestó: "Mahoma fue, sin lugar a dudas, el mayor de los profetas y los Santos". "Entonces –repuso Shams–, ¿cómo es que Mahoma dijo: No te hemos conocido, oh Dios, como debes ser conocido, mientras Bayazid dijo: ¡Gloria a mí,

4. Cit. por E.H. Whinfield, *Rumi,* London, Trubner's Oriental Series, 1887, págs. 23-25.

que grande es verdaderamente mi gloria!". Al oír estas palabras, Rumi se desmayó y, al recobrarse, se llevó a casa al que le había hecho tales preguntas, y los dos hombres estuvieron encerrados cuarenta días en sagrada comunión».

Muhyud-Din Abdul Qadir, contemporáneo del hijo de Rumi, Sultán Walad, explica lo siguiente: «Rumi se dirigía a sus estudiantes, como de costumbre, en su casa y tenía delante de sí un montón de libros. Durante la lectura, entró un hombre y educadamente se sentó en un rincón. Tras los formales saludos, señalando los libros, el visitante dijo: "¿Qué es esto?" Rumi, que estaba ocupado en la lectura, debió de molestarse por tan tonta interrupción, porque los libros estaban allí para que los viera quien quisiera y la pregunta era prepotente e irrelevante. Era una falta de buenos modales que un estudiante interrumpiera al maestro de forma tan insolente durante la conferencia. Esto, sin duda, sorprendió y molestó a Rumi pues entonces era el sabio religioso más eminente de su época y nunca había experimentado sino respeto y atención por parte de los estudiantes. Rumi, por lo tanto, borró la pregunta diciendo simplemente: "No lo sabes" e intentó proseguir la conferencia. Pero en cuanto dijo aquellas palabras, los libros ardieron. Desconcertado y atónito, Rumi buscó una explicación a aquel fenómeno. "¿Qué es esto?", preguntó, volviéndose al recién llegado. Éste, simplemente, repitió sus palabras: "No lo sabes", y tranquilamente partió. Rumi abandonó la conferencia y se fue en busca de Shams pero no pudo hallar rastro de él»[5].

5. *Ibíd.* pág. 114.

Daulat Shah ofrece otra versión: «En busca del hombre que pudiera compartir su confianza espiritual, Shams de Tabriz fue a Konya. […] Se alojó en un caravasar de vendedores de azúcar. Un día Rumi, seguido de sus estudiantes y discípulos, pasó por delante del caravasar. Shams lo detuvo y le lanzó una pregunta: "¿Cuál es el objeto de la sabiduría y el conocimiento?". "Seguir y alcanzar al Profeta", contestó Rumi con aire de suficiencia. "Esto es un lugar común", replicó Shams. "¿Cuál es, entonces, el propósito del conocimiento?", preguntó Rumi. "Conocimiento es lo que te lleva a su fuente", replicó Shams y citó este verso de Sana'i: "La ignorancia es mucho mejor que el conocimiento que no te aparta de ti mismo"»[6].

Sultán Walad cuenta que su padre buscaba un *pir,* un maestro, pero no lo hallaba. El deslumbramiento de su encuentro con Shams llenó toda su obra y su vida. «Tras una larga espera –dice textualmente–, Mevlana vio el rostro de Shams; los secretos se volvieron manifiestos como el día. Vio lo que no se puede ver, oyó lo que nadie oyó jamás… Se enamoró de él y fue anonadado»[7]. «El estudioso profesor ortodoxo de teología dejó de enseñar y, para desengaño de gran número de sus discípulos, se convirtió en un devoto apasionado de Shams», comenta Iqbal[8], y prosigue: «La persona que siempre había mirado la música como indeseable, se convirtió ahora en un

6. Ibíd.
7. *Walad-Namá, cit.* por Vitray Meyerovitch, E., *Rumi et le soufisme,* Ed. du Seuil, París, 1979, pág. 16.
8. *Op. cit.,* pág. 118.

gran amante de ella. Pasaba horas escuchándola y bailando en éxtasis». Rumi descubrió así que toda dualidad puede ser trascendida y lo expresó de este modo en sus *Odas místicas:*

> He venido a llevarte de la mano
> para privarte de tu corazón y de ti mismo
> y colocarte en el Corazón y en el Alma.
> He venido en primavera a tu morada, ¡oh rosal!
> Para enlazarte con mis brazos y estrecharte.
> He venido a conferirte, en esta morada, el esplendor.
> Te llevo a lo alto del firmamento,
> como la oración de los amantes.

Mevlana y Shams pasaron seis meses juntos. Esto generó tal animadversión hacia el nuevo amigo por parte de los seguidores y próximos a Rumi, que Shams decidió partir a Damasco. No soportando la separación, Mevlana envió a su hijo Sultán Walad a buscarlo. El amigo volvió, pero recomenzaron los celos y las persecuciones de los discípulos. Su hostilidad no es difícil de comprender. Shams era impopular porque no seguía rigurosamente las normas islámicas y a veces decía palabras que la gente ordinaria atribuía a irreligiosidad. Shams parecía no respetar la disciplina coránica, mientras Rumi tenía reputación por su piedad y sus conocimientos; resultaba, por lo tanto, incomprensible a los demás que un estudioso tan respetable hubiera «enloquecido» y abiertamente aclamado a Shams como maestro hasta el punto de abandonar, bajo su influencia, la toga profesoral por el peculiar vestido de derviche. Los crecientes celos y la mala

voluntad del entorno hacia Shams de nuevo hicieron el lugar incómodo para él y, misteriosamente, desapareció de la escena. Sucedió esto el 3 de diciembre de 1247, al parecer, fue asesinado. Según Aflaki, apuñalado por uno de los conspiradores, Shams gritó una frase y parte de los asesinos quedaron inconscientes; cuando volvieron en sí no vieron nada excepto unas gotas de sangre. Sultán Walad, el hijo de Rumi, no menciona el asesinato de Shams en su *Masnaví,* sólo alude a su desaparición súbita. A falta de datos, hay que aceptar la versión de Sultán Walad. No hay duda, sin embargo, sobre el año de la desaparición de Shams. Rumi, que no tenía certeza de su muerte, hizo dos viajes en su búsqueda. Inconsolable, escribió en la puerta de la celda de Shams:

> Era nieve, con tus rayos me fundí;
> la tierra me bebió; niebla de espíritu,
> remonto hacia el Sol.

Música y danza

Lejos Shams, la agonía de Mevlana se hizo insoportable, por ello se entregó cada vez más al baile y a la música.

> Rumi se había convertido plenamente en Shams, y no había lugar para reservas –dice Iqbal[9]–. La danza y la música no eran una huida ante las tribulaciones de su alma, eran, por el contrario, una expresión artística y espiritual del defini-

9. *Ibíd.,* pág. 126.

do avance de su personalidad. En la música halló Rumi alivio y compostura. Halló lo que denominó la "fantasía de la alocución divina".

Fue entonces, tras la desaparición de Shams, cuando Mevlana instituyó la *samá,* que representaba para él «no sólo un oficio litúrgico, sino también la manifestación espontánea de la emoción»[10], y cuando escribió la mayor parte de los poemas contenidos en el *Diván de Shams Tabrizí,* donde ve al amigo como una hipóstasis del amor divino y resuena el eco del sufrimiento causado por la separación. Rumi, a través de sus poemas, halló en sí mismo a Shams, y a la vez en él la representación del rostro del Amor divino.

No es seguro que los que conspiraran contra Shams fueran los próximos y queridos de Rumi, si bien se dice que incluso uno de sus hijos, Ala ud-Din Muhammad, estuvo implicado en la conspiración. Acaso Rumi lo sabía pues, cuando éste murió, no asistió a su funeral. Se hallaba, dice Iqbal[11],

> en un terrible estado de mente […] viviendo, sin duda, peligrosamente, en esta etapa suya de revolución. […] El conflicto seguiría aún algún tiempo hasta que, finalmente, se resolvió en la belleza y claridad sonora del *Masnaví.* […] Fue por entonces cuando Rumi halló a un hombre que ofrecía la antítesis completa de Shams y que le fue, por ello, de inmensa ayuda en su recuperación de la tranquilidad. […] Rumi bailaba por las

10. Vitray, *op.cit.,* pág. 20.
11. *Op. cit.,* pp. 127-129.

calles de Konya, cuando, de pronto, se detuvo y se quedó quieto escuchando un sonido musical que llegaba de una esquina. Era el rítmico golpear del martillo de un herrero. Rumi se quedó tan impresionado por aquella música que permaneció escuchándola ante la tienda, y el herrero, en deferencia a su estado de éxtasis, siguió golpeando hojas de plata. Perdió mucha plata, pero ganó más que su peso en oro porque ganó la espontánea amistad y gratitud de Rumi. Durante horas el poeta cantó en alabanza del herrero, que, inmediatamente, se convirtió en su discípulo. Hay por lo menos setenta y un *gazal* donde aparece el nombre del herrero, Salah ud-Din Zarkob. Rumi, temiendo que los celos de sus seguidores le privaran de nuevo de la amistad, y en su ansiedad por retenerlo, casó su hijo con la hija de Salah-ud-Din, quien durante nueve años fue el *alter ego* y confidente de Rumi.

Salah ud-Din soportó la época más difícil del maestro, aquella en que partió a Damasco y allí fue preguntando de casa en casa por Shams. Toda la ciudad se sorprendía ante su desesperada búsqueda de un hombre oscuro y desconocido. A Salah ud-Din, que se ocupaba de iluminar los libros de Rumi, también sus discípulos le fueron hostiles. Cuando murió, Hisâm ud-Din Chelebi pasó a ser el más próximo a Rumi. A instancia suya escribió Mevlana el célebre *Masnaví,* libro con el que entraba en una tercera fase de su vida. Tras una primera etapa dominada por el intelecto, y una segunda, dominada por el amor, esta etapa final, que empieza en 1261 (año en que inició el *Masnaví),* representó la inmortal contribución de Rumi al pensamiento islámico, y duró hasta su muerte, acontecida en 1273.

Se cuenta que un día Chelebi dijo a Rumi que sería bueno que sus discípulos, que estudiaban a Sana'i y a Attar, lo estudiaran también a él. Mevlana se sacó entonces del turbante unas hojas sobre las que había escrito los 18 primeros dísticos del *Masnaví* (nombre que indica la forma estrófica del poema) y empezó a trabajar. A partir de aquel momento, dictaba su poema en todo lugar y a toda hora, día y noche, y Chelebi lo transcribía y participaba en él planteando preguntas y controversias. En todo hallaba Rumi inspiración para su texto y, fundamentalmente, en los acontecimientos cotidianos.

Al morir Rumi, en 1273, sus descendientes lo sucedieron. Fue el comienzo de una dinastía espiritual, de una eclosión de cofradías que alcanzó a todo el mundo musulmán, y el *Masnaví* se convirtió en una fuente reconocida de enseñanza tradicional.

La doctrina de la unidad

Rumi predicó la vía espiritual designada como *tasawwuf* o sufismo. Se trata de la dimensión esotérica del mensaje islámico y tiene su origen en el Corán y en la tradición profética. Aunque se le han atribuido filiaciones diversas, al *Vedanta,* cristianismo y neoplatonismo, el sufismo es fundamentalmente islámico.

Dhu'l-Nûn el Egipcio dijo: «El sufí es aquel cuyo lenguaje, cuando habla, refleja la realidad de su estado, es decir, no dice nada que no sea, y cuando está silencioso su conducta explica su estado, y su estado proclama que ha

roto todos los nexos con este mundo»[12]. Abul Hassan Nûri lo definió como «la renuncia a todos los placeres egoístas». «El sufí –concluyó– es el que no tiene nada en su posesión y no es poseído por nada»[13], palabras que remitían a la esencia de la anulación o aniquilación alcanzada *(fanâ).* Rumi encarnó esta disposición y se entregó a su realidad, y la realidad era, para él, el espíritu y su integración en la armonía del todo. Esto es precisamente lo que expresó mediante la *samá,* la danza de los giróvagos, remedo de la máxima armonía de los astros, del girar de los planetas, danza cósmica que celebró en el siguiente *rubai:*

> Oh día, levántate, los átomos danzan,
> las almas perdidas en éxtasis danzan,
> al oído, te diría dónde lleva la danza;
> los átomos todos del desierto y el aire,
> sábelo bien, son como seres insensatos.
> Cada átomo, feliz o desgraciado, preso está
> de este Son del que no se puede decir nada.

Aflaki escribe: «En las cadencias de la música, decía Rumi, hay escondido un secreto; si te lo revelara, conmovería al mundo»[14]. La ceremonia de *samá,* con la que se alcanza el punto del éxtasis, empieza siempre con el recitado del principio del *Masnaví,* y su culminación indica el final de un recorrido, una vía, simbolizada por la escalera, cuyo modelo es el *Mi'râj* (palabra que quiere decir esca-

12. *Cit.* por Vitray, *op.cit.,* pág. 82.
13. *Ibíd.*
14. *Cit.* por Vitray, *op. cit.,* pág. 40.